

AMALIA DE LA VEGA

La voz magistral de lo nativo

Amalia de la Vega nació en 1919 en la ciudad de Melo. Desde el año 42 su voz se escuchó en audiciones semanales de radio y después en múltiples espectáculos criollos del Cono Sur. Cifras, vidalitas, milongas y estilos conformaron su repertorio para esas ocasiones y también para más de una decena de discos que integran un acervo inexcusable de la música nativa.



Amalia de la Vega

Por Carlos Cipriani López
Fotos: Darwin Borrelli

Se sabe que Amalia de la Vega nació en Cerro Largo. ¿Hasta cuándo vivió en la tierra arahana?

— Muy poco tiempo, porque a mi padre lo trasladaron para Montevideo, él era militar. Yo tenía tres años cuando la familia se vino para acá. Pero siempre tuve contacto con Melo, porque cuando nací ya se casó mi hermana mayor. Y entonces ella se quedó a vivir ahí. Por ese motivo, viajábamos. Tengo los mejores recuerdos de esa infancia, aunque mi padre murió siendo muy chica, tenía cuatro años. Mi sobrino era dos años menor, de modo que estaba integrada a todo, éramos muy amigos. Siempre tuve adoración por mi pueblo, por mi tierra. He sido muy terriera. Me ha gustado lo referente al campo, en todo sentido, por la poesía, por el paisaje. Aquí en Montevideo era una vida totalmente distinta. Eso hizo que al avanzar el tiempo me fuera afirmando más en mis deseos de estar allá.

— ¿Tenía además algo que ver con lo folklórico musical ese deseo de ir en busca de aquel paísaje?

— La gente de mi casa era una gente muy corriente, criollos, todos. Mis antepasados paternos eran gente de campo. Y eso se heredó mucho. Las tradiciones y la música me marcaron. Siempre me gustó el canto, lo hacía en casa. Pero era muy retraída. Con un grupo de amigos (que se presentaban en festivales benéficos y recitales), de a poco fui largándome. Después ellos me alentarón para que me presentara en radio a cantar.

— ¿Es la etapa de El Espectador?

— Sí, un primo mío tenía vinculación con la gente de El Espectador. Y fue él quien me presentó. Hice una prueba junto con los mismos guitarristas que yo cantaba en aquellos recitales y fiestas benéficas. Y bueno, salí bien de la prueba. Se concertó un arreglo para que empezara a cantar.

— ¿En la fonoplatea?

— No, al principio cantaba sólo en el Estudio, no quería saber de nada más. Eran dos audiciones semanales, de media hora cada una. Creo que iban desde la una de la tarde.

— ¿Cuántos años tenía?

— Ya tenía veintitrés años. Pero me costaba mucho. Esa modalidad no la abandoné hasta el día de hoy. Sigo siendo muy retraída. Después, de a poco, se fueron dando las presentaciones frente al público.

— En Montevideo y afuera.

— Sí, en Montevideo y en el Interior. Y después viajé a Buenos Aires, a Santiago de Chile, a Río de Janeiro y San Pablo en Brasil. En

Argentina estuve también en Mar del Plata y en muchas provincias.

— ¿Actuó en recitales y también en alguna radio?

— Sí, en varias radios. En Argentina, en Radio El Mundo. Aquí también, luego de diez años en El Espectador, estuve en Radio Carve, en la fonoplatea. Estuve después un largo tiempo sin cantar. Por el '74 hice otro ciclo en radio.

JUANA Y LOS NATIVISTAS

— El mundo criollo que abarca su canto es fabianino. Se detiene en la Naturalza, en los pájaros criollos o en el paisano de lazo y mate amargo. Pero también le cantó a Juana de Ibarbourou.

— Sí, sí, palabras mayores.

— ¿La conoció?

— La conocí acá en Montevideo, cuando ella vivía en 8 de Octubre. Grabé dos poemas suyos, los puse música. La fui a ver para pedirle la autorización para presentar en AGADU. Anteriormente ya había ido a visitarla pero con un grupo de escritores de Melo.

— Además de cantar cosas de Juana, usted rescató a muchos poetas gauchescos o nativistas. Desde Bartolomé Hidalgo hasta Serafín J. García.

— Sí, como también a Emilio Carlos Tacconi y una obra que se

inspiró en El Huasqueiro de Belloni, esa escultura que está ahí en Bulevar Artigas, frente al monumento a José Pedro Varela. Yo musicalicé ese poema porque me gustó mucho. Y también otros poetas, a Moratorio, a Emilio Oribe —el autor de La vidalita a Cerro Largo—, o a Silva Valdés, Cluzeau Mortet, Elías y Tabaré Regules. No sé, varios, sí.

LO CRIOLLO Y LA CRIOLLA

— ¿Cómo se vinculó con la Criolla?

— Empecé a ir a la Criolla porque mis tíos tenían relación con Regules; eran de la misma época y amigos. Había una especie de vínculo de familia. En vida de Tabaré Regules, me hicieron Socia Honoraria. Siempre tuve muy buena relación con ellos, lo mismo que con la Sociedad Potros y Palmas.

— Hasta los años cincuenta lo criollo estaba más integrado a otras fiestas, al Carnaval por ejemplo. ¿Cómo vivió eso?

— Cuando era chica iba a los tablados y lo criollo tenía sí sus escritores, que hacían una pequeña obra.

La vida y el arte

— En esta nota hablamos mucho de Amalia de la Vega. Pero eso no es su nombre. ¿Cómo lo eligió?

— Mi nombre es María Celia Martínez. La verdad es que Mariluz no me gustaba nada. En la radio fue Solito quien me dijo que hiciera una lista de nombres. De ahí salió una De la Vega y había también una Amalia no sé cuánto. Al final los junté y me gustó. Y marchó ese nombre.

— ¿Por qué nombre la conocen en su familia?

— Bueno, mire, tengo tanto nombre. Pero sí, me dicen Amalia.

— Una vez firmé un documento y puse Amalia de la Vega. ¿Ah, qué barbaridad! (risas).

— Cuentan que los grupos llegaban con rancho y todo.

— Pero claro que sí; aquello era como un teatro. Y eso ya venía de la época de los Podestá, de fines del siglo pasado.

— Con el circo de Primera Parte y Segunda Parte

— Claro. De ahí se llegó a lo otro, con Juan Cruz Trunqueras y los suyos. O con muchos otros que no recuerdo.

REGISTROS

— ¿Cuántas canciones le dedicó Amalia de la Vega a la poesía nativista? Dicen que en AGADU se registraron más de cien temas.

— Schubert Flores, un muchacho uruguayo que vive en Argentina y que estuvo en Tacuarembó (por estas fiestas que hubo de la Patria Gaucha), me visitó un día y me dijo que yo tenía ciento ochenta temas. La verdad es que no sabía. De pronto hay algunos repetidos, canciones que canté más de una vez. Pero de todas maneras me quedé asombrada.

— O sea que tiene más de diez discos editados.

— Sí, como diez de los grandes, el longplay. Pero grabé otros discos más, de los de pasta negra de dos canciones y otros más finitos con cuatro canciones de cada lado.

— Los de vinilo.

— Sí, de esos. En Buenos Aires también grabé dos o tres simples de pasta, unas milongas, con los guitarristas de Radio El Mundo, que eran los que acompañaban cuando iba a cantar allá. También estuve en Radio Spléndid. Pero hice las cosas a mi manera. No me fue impuesto nada. No tenía interés en hacer un tema que no sintiera. Si me proponían algo que no me gustaba, no lo hacía.

— ¿Le pasó eso más de una vez?

— Sí, cómo no.

— ¿Qué le querían imponer? ¿Que incluyera más folklore argentino?

— No, eso no. Porque siempre maticeé mucho con temas de argentinos y también de chilenos. Hay que ampliar el repertorio. Conviene tener otros ritmos, aunque siempre con lo nuestro por delante. Eso era intocable. Pero bueno, interpretaba canciones de otro lado si me gustaban.

— ¿Y entonces en qué nivel se daban los desacuerdos? ¿En materia de la instrumentación o de algún cambio de género musical?

— Sí, yo recuerdo que en Brasil me invitaron expresamente a una gran fiesta en el Maracanzinho.

Pensaron que yo podía interpretar lo que ellos querían, habaneras y cosas de ésas. Insistieron para que cantara la canción que preferiese pero que agregara otra cosa, como para llenar el ojo del público —digamos—, sin respetar que yo iba del Uruguay con lo nativo. Ante mi firmeza en eso, al final lo aceptaron. Pero obraron mal, por supuesto.

— ¿Nunca cantó tango, por lo menos en familia?

— Walter Alfaro dice que canté un tango, que tiene una grabación mía de Ventarón. Me gustaría escucharla. Hubo mucha gente que quiso que yo cantara tango, pero no. A pesar de que me gusta mucho el tango, lo que más me impacta son las canciones criollas. Nunca me movieron de eso.

EL ÉXITO

— Aunque no quisiera saber nada del éxito, usted lo vivió.

— ¡Ah, sí! Pero cuando llegó la época de las fonoplateas y los espectáculos, hacía eso y desaparecía. No se sabía más nada de mí. Siempre tuve reconocimiento hacia la gente que me saludaba o me aplaudía. En ese aspecto soy muy agradecida por todo lo que he recibido. Pero mi forma de agradecer era brindar otra canción. Nada más.

— Y trabajaba seguramente sin manager.

— Me venían a ver para saber si quería ir a tal lado o a tal otro. Y si yo no tenía inconvenientes, iba.

— ¿Tenía un cachet fijo?

— Bueno, eso se hablaba. Pero no me hacía problema. Iba gratis a veces. No era cuestión de cachet ni de nada, sino de estar feliz cantando.

— ¿Cantó en televisión?

— Estuve una vez en Canal 5 y otra en Canal 10. Pero no era para la televisión.

— ¿Por qué?

— Me apabullaba.

— ¿El estudio de grabación la tensionaba también?

— Bueno, ahí me sentía cómoda porque no permitía que entrara nadie. Hacía que lo cerraran con llave y pedía que no fuera nadie. Recuerdo que Jasa se reía como loco. Yo le anulaba el día que íbamos a ir al estudio y no dejaba que fuera ni siquiera otro guitarrista además de los que me acompañaban. Ya ensayaba mucho en casa con ellos. Para los temas era cuestión de ponerse ahí.

— Sañan de Toma Uno.

— Sin perder tiempo, nada, marchaban así. En el Estudio ensayábamos un poquito antes de cada tema, y ta', sañan sin esfuerzo.

MUSICOS Y VOCES

— ¿Cómo se llevaba con los músicos? ¿Era puntillosa?

— En mi casa ensayábamos hasta que saliera todo como yo lo había ideado, como me gustaba. Si hacían fireletes, ya no me gustaba. Si hacían con alguno de ellos te va a decir más o yo. (risas)

— Lo más simple posible, sin rodeos.

— Claro, lo nuestro es la sencillez total. Ahí no sirven esos arreglos para guitarra que se van del tema. Si quieren hacer juegos de especialización, que toquen solos. Pero bueno, en ese aspecto todos fueron muy buenos conmigo. Me entendiéron.

— ¿Usted había estudiado algo de guitarra?

— No, nada. No tengo conocimientos musicales, ni aprendí canto. Para aprender una milonga me acompañaba con la guitarra, pero con dos o tres acordes. Después le transmitía eso a los guitarristas.

— ¿Tuvo algún modelo de cantante cuando empezó?

— No, yo interpretaba a mi gusto. Otra cosa sería una imitación. Pero no le hablo de un modelo para copiar, sino de esas voces con las cuales de haber sido —de pronto— se puede hacer todo formando en el canto. Ya sean voces femeninas o masculinas.

— Para mí la única voz es Gardel. Y lo seguirá siendo. Una maravilla. En mis desvelos pelo el radio y siempre lo estoy escuchando.

— Cada día canta mejor.

— Lo que pasa es que han habido tantos imitadores y tanta gente que canta imitando, yo me comparo. Yo digo: "Pero, ¡carumba! ¿por qué hacen esas cosas complicadas? ¿Por qué no escuchan a Gardel?". Muchos dicen que su ídolo es Gardel. ¿Por qué no llegan entonces a esa sencillez? ■

Desde el alma

— ¿Amalia de la Vega vivió de la música en algún momento?

— Tenía otras entradas. Vivía con mi madre y estábamos en otra posición. No saqué partido de de la música. Habiendo tenido otra modalidad lo hubiera hecho fácilmente. Pero no he sido ambiciosa, ni en lo económico ni en otros aspectos. Si no puedo tener una cosa determinada, bueno, paciencia. Haber cambiado, ser de otra manera a nivel profesional, para mí hubiera sido un sacrificio. Podría haber adaptado otras cosas externas, para hacer más llamativo el paquete. Pero, no.

— ¿Cambió mucho su vida después de haber dejado el canto?

— No, siempre hice una vida casera, siempre igual. Muy familiar. Antiguamente iba mucho a los teatros y al cine. Pero vi una serie de películas que me acabaron. Dije que no iba más y no fui más. Prefero ver los polizontes en televisión, me gustan mucho. Y ahora, con el Cable, hay más para elegir.

— ¿No sintió un vacío? ¿No tuvo ganas de volver a cantar?

— A veces, en alguna reunión familiar me preguntan si no canto. ¡Para nada, ni estando sola! Nunca más canté.



Amalia de la Vega cumplió 80 años el 19 de enero y recibió el homenaje de AGADU.



"Para mí la única voz es Gardel".